

Leon. Consultados algunos doctores, fueron de parecer de que el sigilo sacramental no se exige sino en las relaciones de confesor á penitente, es decir, que aquel no puede revelárselo á nadie sin consentimiento de este; fuera de este círculo, aun las declaraciones escritas para servirse de ellas como apuntes para no olvidar nada en la confesion pertenecen de derecho á las pruebas judiciales; este parecer prevaleció.

Por eso se vé cuán fuera de camino va M. Michelet cuando dice: «El apuro era que no habia contra ella ningun testigo irrecusable; era preciso en realidad sentenciarla por un solo documento.» Los testimonios eran suficientes para formar la conviccion de los jueces: el de Briancourt era mortal.

Verdad es que este aserto particular del historiador está en perfecta armonía con todo su sistema. «La marquesa, añade M. Michelet, no ignoraba que tenia cogidos á sus jueces por dos lados; en primer lugar no confesaba nada; y por otra parte, en sus labios mudos veian aquellos, ó al menos se figuraban ver, errar nombres terribles de personas poderosas que, denunciadas por ella, los hubiesen puesto en un apuro terrible. La marquesa podia esparcir el terror hasta en las clases mas elevadas, quizá en el mismo Versalles, ¿quién sabe? ¡tal vez muy cerca del tronol! Incidentes terribles que podian tentarla, porque una vez lanzados en el proceso habian prolongado su vida! Asi se vió el espectáculo de unos jueces conmovidos y azorados, acariciando á la acusada y rogándola que muriese sin meter ruido, cargando sobre sí toda la culpa y sin denunciar á nadie.

El carácter de la mujer, que hemos analizado minuciosamente no se presta á estas combinaciones hipócritas. Supongamos á Mad. de Brinvilliers sabedora de secretos terribles: ¿la que no ha retrocedido ante ningun género de violencia, dejará inactivas estas armas, cuando la basta dar á entender que va á hacer uso de ellas, para salir mejor librada? Seguramente que no, y la audaz mujercita, se hubiera dado desde luego por salvada si hubiese podido suspender sobre cabezas elevadas unas declaraciones que hubieran producido tanto efecto como la espada de Damocles.

Ya hemos podido entrever que la marquesa no sabe nada de Pennautier: cierto es que sospecha mucho y que tiene sobrados motivos de sospechas; el amigo de Sainte-Croix, el afortunado heredero de tantas personas como se han muerto á tiempo, debe tener mas de un crimen sobre su conciencia; la marquesa lo siente y lo conoce asi, pero no lo sabe. ¡Ya ha probado fortuna por este lado, fundándose en una duda, en una hipótesis!... ¿Cómo hubiera dejado de invocar directamente la proteccion de los que hubiera sabido que eran culpables del mismo crimen que ella? ¿No los habria amenazado con arrastrarlos con su caída?

Hé aquí lo que resulta á la altura en que nos encontramos de lo que ya sabemos. ¿Qué sucederá si otros hechos nuevos vienen á cambiar estas probabilidades en certidumbre? Toda la fantasmagoría histórica creada por M. Michelet va á desvanecerse, lo

mismo que tantos otros sueños de su brillante, pero á veces demasiado fecunda imaginacion. «Cuando la marquesa compareció en el banquillo de los acusados, dice M. Michelet, Lamoignon se enterneció lo mismo que los demás, hasta el punto de derramar lágrimas y la rogaron y suplicaron que no se endureciese y que tuviese compasion de su alma; solamente ella conservó los ojos secos, á pesar de que no ignoraba lo que significaban aquellas palabras, ni que los que lloraban de aquel modo por su suerte podian muy bien mandarla quemar viva, como envenenadora y cortarla una mano como parricida... La marquesa podia, por su discrecion, obtener la simple decapitacion; pero ademas se hubiese querido que confesase y reconociese la legitimidad del fallo. ¿Cómo podia conseguir en veinte y cuatro horas que quedaban solamente, abriera la acusada la boca, y que en un momento de debilidad, hiciera la declaracion apetecida que salvaria el honor de los jueces y los haria aparecer inocentes ante el público? En el tormento se confiaba poco; dándosele muy fuerte, en vez de aquella declaracion, podia el furor ó el dolor que ella sintiera arrancarla las peligrosas revelaciones que tanto miedo infundian y que se trataba de evitar. Un solo medio quedaba: el que la marquesa se conmoviera, pero era preciso obtener este enternecimiento sobre la marcha.»

Tal hubiera sido el motivo que hubo para elegir á M. Edme Pirot para confesar á la marquesa, y aquí en vez de discutir inútilmente contemos lo sucedido, tomando del mismo Pirot los elementos de nuestro relato.

El 14 de julio, se la nombró un confesor á la Brinvilliers, y fue este M. Pirot, doctor de la Sorbona y teólogo distinguido.

¿Por qué se hizo esta eleccion? Pirot no era uno de los sacerdotes de la Sorbona que solian asistir á los sentenciados, sino un teórico de teología, buen hombre, muy sensible, que se enternecia fácilmente, pero que estaba hecho á los espectáculos de aquellas horas fatales.

M. Michelet quiere, en consecuencia de lo que acabamos de decir, que esta eleccion sea una combinacion maquiavélica de la magistratura amotinada para salvar á Pennautier. Segun el parecer del ingenioso historiador, esta eleccion se hizo conociendo perfectamente la naturaleza humana; es decir, que aquel hombre nuevo, compasivo y dulce, con su piedad, con su dolor y con sus lágrimas, ganaria á la culpable y la haria que por una especie de contagio, llorase, orase y se enterneciese; en una palabra, que confesase su delito. Pero era preciso que no hablara sino de lo concerniente á ella, y nada de lo que supiera de otros; por ejemplo, de Pennautier. Sin duda que el tormento la hubiera arrancado la confesion de sus propios crímenes; pero ¿no hubiera podido suceder que el dolor ó la ira la hubiesen arrancado al mismo tiempo ciertas revelaciones sobre las cuales se queria echar tierra?

Hé aquí la tesis que sostiene M. Michelet, demasiado sutil en esto y demasiado dispuesto á encontrar por todas partes la justificacion de sus sospechas. Se